

hipotético y de la inducción; materia esta última estudiada muy someramente en textos tomistas europeos, bajo otros respectos excelentes.

Todas las afirmaciones del libro están comprobadas con referencias fieles á Santo Tomás, á sus comentadores modernos y á los autores que piensan contra el santo Doctor. Esto supone una suma de lectura y estudio verdaderamente asombrosa; puesto que cualquiera lector advierte que no se trata de citas de segunda mano, por lo general.

Corresponde parte del honor que mereció el libro al Colegio del Rosario, como reflejan en la madre los merecimientos de los hijos. Nuestros parabienes al compañero de cátedra y de colegiatura; y que el éxito de esta primera prueba lo anime á completar la empresa, publicando las lecciones de Antropología, que unidas á las de Lógica, formarán el curso completo de Filosofía subjetiva.

AYER Y HOY

(A mis inolvidables amigos Pedro Ignacio y Enrique Reyes)

—Esta tarde está bellísima, abuelito. ¿Por qué no salimos?

—Bueno, hijos, dijo el anciano, acariciando á dos niños, nietos suyos. Hace ya varios días que no damos nuestros paseos acostumbrados. Me aprovechan muchísimo. Después de ellos me siento bien, con más fuerzas y mejor ánimo. Y si no vuelven los días frigidísimos que hemos tenido en esta temporada, y las tardes siguen tan hermosas como ésta, recorreremos, antes de mi regreso á la ciudad, los muchos sitios pintorescos que se encuentran en estos lugares.

—Sí. Sí, gritaron entusiasmados los niños, iremos á donde quieras, pero primero al hato. Las vacas nada nos hacen; son tan mansitas. Casi, casi, les cogemos el hocico con la mano. Hay tantos terneros y todos tienen nombres puestos por nosotros.

—Iremos allá y ya veré qué tan bien enlazáis y cuál de los dos hace un lance en mi nombre.

El anciano, provisto de un bastón y los niños de sogas de fique, regalo de un amigo de la casa, se pusieron en marcha.

—Adiós, madrecita.—Adiós, hijos, que estén contentos, pero mucho juicio, y si no en otra ocasión....

—Bueno, madre, bueno.

Al atravesar el jardín, cultivado por mano experta, los niños mostraban al anciano los rosales que ellos mismos habían sembrado. Tóma esta flor, tóma esta otra, le decían, son las primeras que abren en este rosal. Míra qué hermosa aquella margarita. ¿A que no sabes cómo se llaman aquellas florecitas tan lindas? Pues vamos á decírtelo: lágrimas de la Virgen.

Y así, ora cogiendo una flor, ora engarzando algunos gajos que se habían libertado de las horquetas, llegaron á una puertecita que daba salida á un ancho corralón. Los gansos, al verlos, lanzaron destemplados graznidos, y meneándose se alejaron, alargando y encogiendo alternativamente sus largos cuellos. Los pavos siguieron haciendo la rueda con ruidosos y desapacibles gorgoritos. Dos enormes perros, sujetos por fuertes cadenas, ensordecían con sus ladridos que repercutía el eco vecino, y ya con brincos, ya echándose contra el suelo, pugnaban en vano por liberarse.

—Soltémoslos, dijo uno de los niños.

—Nó, repuso el anciano; son demasiado bravos y nos expondríamos á mil incidentes desagradables. Con nosotros no irá sino Omar; es tan cariñoso y sabe obedecer cualquier voz de mando.

Antes de abandonar el corralón, los niños pusieron en movimiento un asno que, fatigado de los trabajos del día, descansaba en un rincón. Acudieron con un manojo de yerba al relincho del potro que se amansaba en el pesebre; acompañados de Omar, pusieron en alarma á las gallinas

que en un montón de tierra removida hacían excavaciones en busca de alimento; los patos, asustados, se lanzaron al estanque en flotilla cerrada.

Transpuesta la portada que daba al campo, principiaron á ascender un plano ligeramente inclinado, en donde alternaban pastales y sementeras, cercas, cabañas y matorrales. Los arrayanes y los espinos esparcidos sin orden aquí y allí, anunciaban el monte vecino.

El aire de la tarde, embalsamado por las flores silvestres, tenía reanimado al anciano, y los juegos y parlas de sus nietos, le divertían mucho. Ya era una carrera en que los niños, animados por su abuelo, se disputaban con tesón la victoria; ó bien una apuesta para enlazar el perro que, acostumbrado á esta recreación, se alejaba veloz, tan pronto como veía girar la lazada.

Si caía en el lazo, se detenía, y si no, describiendo un círculo y dando volteretas, volvía á ponerse al lado de sus amos. Si cansado se resistía á la carrera ó se perdía en los sembrados, los niños enlazaban indiferentemente ramas, troncos, y á veces también algún aldeano que á todo andar se encaminaba al pueblo vecino. Las aves que descansaban en los árboles, volaban al verlos pasar, remolineaban por encima de sus cabezas y después volvían á posarse tranquilas en las ramas más altas.

Así anduvieron hasta un punto donde terminaban los cultivos y el monte principiaba á espesar. Se disfrutaba allí de una vista espléndida; en la falda los rebaños lucían sus blanquísimos vellones; abajo se extendía la llanura con sus grupos de árboles y sus numerosas vacadas. Confundidos llegaban á aquel sitio, el ruido de los carros, el rodar de un molino movido por la cascada vecina y el galope de los jinetes que pasaban por la carretera.

—Esto es primoroso. ¿Verdad, abuelito?

—Lindísimo. Yo he recorrido la comarca en todas direcciones. Conozco algunas de las Repúblicas vecinas y puedo asegurar á ustedes que no he encontrado paisaje que su-

pere á éste. La llanura en que se asienta Quito podría comparársele, si bien el valle es más estrecho y los montes no tienen las raras y caprichosas quiebras de éstos. Además, aquí el panorama es más variado; caminando un poco hacia el oriente se descubre otro valle más pequeño, pero no menos hermoso. El río, como pesaroso de alejarse de él, se retuerce, y en giros caprichosos lo recorre, dándole nuevos vigores; dos pueblos con sus blancos campanarios, se descubren en la falda opuesta. Ya iremos á ese lado, y entonces nos será fácil, por ser muy cerca, contemplar la manera soberbia como termina hacia el sur esta cuesta en murallones de granito.

—Eres muy bueno con nosotros, abuelito. Nos proporcionas paseos muy agradables, dijo uno de los niños. Sí, respondió el otro, pero yo prefiero á los paseos los cuentos con que nos entretienes por las noches, y ya hace bastante que nada nos cuentas.

—Pero se puede pasear y contar cuentos, replicó el anciano.

—Bueno, dijeron los niños, cuéntanos uno ahora mismo.

—Pensaba precisamente en ello; pero no será ni el de la Rica Alfombra, ni el de la Princesa Encantada; ni será cuento tampoco, sino algo muy cierto que estoy seguro ha de interesaros mucho. El sitio en donde ahora estamos me convida á recordar.

Os hablaré de mi vida y de estos campos. Y diciendo esto puso miga en la pipa, miró el reloj, sentó los niños á su lado, y principió así:

—La casa en que vivís ahora y que hoy pertenece á vuestros padres, ha sido de antaño el solar de mis mayores. Varias generaciones la han habitado y muchas cunas se han suspendido de sus techos. En un día bien lejano y cuya fecha explica lo blanco de mi cabeza, vine á la vida en ella, siendo el segundo de tres hermanos que fuimos. Si os dijera cuánto hace est., diríais que el tiempo no se pasa

nunca, pero yo, á pesar de las vicisitudes por que he atravesado, encuentro que todos esos años forman un plazo demasiado breve.

Los niños acostumbran medir el tiempo por las veces que han visto florecidos los prados ó por las cosechas que han rendido los ciruelos y manzanos; pero pasada cierta edad, la cuenta se hace de otra manera: alegrías y dolores, horas felices ó llenas de amargura dan la verdadera trama de la vida, y entre unas y otras se desliza el tiempo con tanta rapidez, que cuando uno llega, como yo, al término de la jornada, encuentra casi confundidos los juegos de la niñez, las ilusiones de la juventud y los achaques de la edad madura.

Ahora mismo, al contemplar estos lugares en donde he pasado buena parte de mi vida, me parece que fue ayer no más cuando niño todavía y al lado de mis padres, los recorría de uno á otro punto en inocentes recreaciones; pero algunas cosas que ya no aparecen ó que se derrumban á la acción del tiempo, otras que entonces no existían, me indican los años transcurridos y me dicen que la generación á la cual pertenezco, ya pasó; que parientes y amigos han ido quedando en la senda.

¿Veis aquellos árboles escuetos que se inclinan sobre el camino con una que otra rama amarillenta? Pues bien, en un tiempo fueron muy hermosos; bajo su sombra pasámos muchas tardes en inolvidables jiras de familia; extendimos de uno á otro nuestros columpios y escuchámos el aleteo en los nidos ocultos entre el ramaje, ó el adiós que desde la más alta copa daba á la tarde alguna mirla viajera.

Y de entonces acá, ¿qué queda? Poca cosa. De la escena esos troncos que parecen esqueletos, y de los actores solamente yo.

Estos campos, entonces como ahora, florecían al venir el mes de Mayo. Con mis hermanos me daba á vagar por todas partes. Acompañados de un muchacho de nuestra edad, andareguéabamos de aquí para allá, cogiendo flores

para el altar de la Virgen, y eligiendo las más frescas y hermosas; colmaban nuestros cestos las que nos regalaban las gentes campesinas, y contentos volvíamos á la casa, en donde nos recibía mi madre con caricias y agasajos y nos obsequiaba con frutas y dulces. Si al desgajar las rosas nos hacíamos alguna herida, la curaba con sus besos.

A veces hacíamos excursiones más lejanas. La leña que se consumía en la casa, la bajaban de este monte. Por varios días se ocupaban los leñadores en cortarla, y cuando estaba seca, subían varias yuntas por ella. Casi siempre conseguíamos licencia de tomar parte en estas faenas. Provistos de lo que nosotros llamábamos nuestras once, pero que en estas ocasiones eran más abundantes de lo ordinario, y con sombreros de paja, de ala grande para que no nos quemáramos, según decía mi madre, emprendíamos camino, aguijoneando los bueyes para que apuraran el paso. Si los peones se iban muy de mañana y antes de que nosotros nos levantáramos, para subir sin sol la cuesta, emprendíamos luégo marcha en su seguimiento. Muchas veces tuvimos que andar perdidos en lo más espeso del monte sin encontrarlos, hasta que el golpe del hacha nos hacía descubrir el sitio en donde estaban; en no pocas ocasiones el perro que nos acompañaba y que se parecía á Omar, nos servía de guía. Los peones estaban acostumbrados á que les lleváramos algo qué comer y se alegraban cuando llegáramos á su trabajo.

Mientras ellos preparaban la leña, nosotros dábamos mil vueltas buscando nidos; trepáramos á los árboles, nos metíamos por espesuras de ramas y bejucos, en donde apenas penetraban algunos rayos de sol y en donde el silencio sólo era interrumpido por algún cucarachero que cantaba sus amores de mata en mata, ó por el zumbido de una abeja que pasaba volando. Entre caída aquí y destrozo allí, recorriamos las cañadas de arriba abajo, y si encontráramos cuevas oscuras, nos alejábamos medrosos, tomándolas por moradas de brujas ó duendes.

Un día, lo recuerdo como si hubiera sido ayer, y fue el último en que disfrutamos de estos paseos, mi hermano mayor le puso fuego á un montón de ramas secas; un hilo de humo se levantó al principio; se hizo más espeso después; copos blanquísimos se iban sucediendo sin interrupción, y de repente surgió la llama; débil al principio, se levantaba recta; una ligera brisa, como acariciándola, la mecía suavemente á uno y á otro lado. Nosotros estábamos felices; íbamos y veníamos en todas direcciones, buscando con qué alimentar el fuego. La llama se hacía más considerable á cada momento. Un viento fuerte la hizo prender en unas chamizas que colgaban de un árbol vecino; la hojarasca que se ocultaba en la espesura, y con la cual no contábamos, ardió también, y pronto nuestro juguete se convirtió en incendio. Quisimos apagarlo, pero imposible: la llama bramaba, se retorció en los bejucos, trepaba por las ramas, corría por los pajonales. Aterrados huímos de aquel lugar. A todo correr, dimos con los peones, pero nada les dijimos de la travesura. Los animamos á marchar cuanto antes. Prendidos los tiros, aseguradas las hachas, amarradas las ruanas en los testuces de los bueyes, emprendimos el descenso. A cada paso nos parecía que el incendio nos seguía; volvíamos á mirar atrás hasta que llegáramos á casa. Pensámos que el fuego no hubiera seguido; pero al cerrar la noche el incendio se mostró en toda su fuerza. Duró varios días y fueron necesarios muchos esfuerzos para apagarlo. Aquel lugar recibió el nombre de *El Quemado*.

Muchos años después lo visité, y á pesar de la exuberante vegetación que volvió á enmarañar aquellos sitios, todavía se descubrían entre los retoños pedazos de palo quemado.

Pero sin disputa, las diversiones más gratas, esperadas con mayor ilusión y conservadas con más cariño en la memoria, venían con las siegas. El riz raz de las hoces, los decires de los segadores, el estallido de los rastrosjos

resecos por el sol de medio día; todo esto confundido, formando una sola nota, nos encantaba. El carro recorría el barbecho en mil vueltas, recogiendo los haces que quedaban en el corte para agavillarlos en las éras. Nosotros lo ayudábamos á colmar y después nos encaramábamos en lo más alto. Y allí asidos como mejor podíamos, gritábamos, reíamos y hacíamos aspavientos cuando el carro cimbraba al atravesar las zanjas.

No hubo faena en que no tomáramos parte; juego á que no nos entregáramos, ni sitio, por escondido que pareciera, á donde no fuésemos á dar. Cuando los visitéis, acordaos de vuestro abuelito. Yo no tornaré á ellos; estoy muy viejo.

El tiempo se pasaba así, sin que nos diéramos cuenta de que estábamos viviendo. Pero un día, nuestros juegos cesaron. Mi padre, entre grave y risueño, advirtió que debíamos alejarnos del hogar para comenzar estudios.

Mientras llegaba el día de la partida, nos despedimos de las familias amigas. Debo confesar que el viaje nos tenía entusiasmados. Lo nuevo presenta tantos atractivos para el hombre. La idea de conocer una ciudad tiene irresistibles encantos. Nuestra imaginación se poblaba de mil ensueños. Cómo sería nuestra nueva vida; otros amigos, otras ocupaciones, vestidos mejores de los que hasta entonces habíamos usado: esto, confuso, entrevisto apenas, mitigaba el dolor que sentíamos por dejar nuestra casa.

El día llegó. Desde el amanecer empezó el trajín de bestias y monturas, el ir y venir de los peones. Mi madre empacaba la última ropa, y disimulando mal su dolor, se llevaba cada momento el pañuelo á los ojos. Las cabalgaduras estaban inquietas, tascaban el freno, y hacían esfuerzos para ponerse en movimiento. Tras abrazos y lloros y promesas nos despedimos. Mi madre no aguardó á que partiéramos; dejó el pasillo y se internó en las habitaciones. Sentimos mucho pesar entonces. Se nos imaginó que jamás la

volveríamos á ver. A la voz de mi padre, revolvimos las bestias, tomamos la carretera, y al rato apenas si alcanzábamos á ver los árboles más altos, y entráramos en parajes hasta donde no habíamos llegado en nuestras más lejanas excursiones.

Llegados á la ciudad capital, nos pareció linda y nos quedábamos alelados viendo tanta gente. No tenía, ciertamente, los magníficos edificios que hoy la adornan, ni avenidas sombreadas por árboles, ni estatuas, ni parques, ni fuentes, ni el gran movimiento de carruajes, ni el vaivén incesante de gente, ni hería los oídos el pitazo de las fábricas, ni por las noches se iluminaba como hoy; no era, en fin, la ciudad moderna, embellecida en poco tiempo; pero aquella ciudad muy atrasada, como lo comprendo hoy, satisfacía nuestras ambiciones, acostumbrados como estábamos á la quieta y sosegada vida de provincia.

A los pocos días entráramos á un colegio de grande y merecido renombre, fundado en tiempos coloniales. Entre el rigor de la disciplina escolar y los encantos que no deja de tener la vida estudiantil, entre el temor de los exámenes y la perspectiva de las vacaciones, llegó el día de regresar á nuestra casa.

Cuando vayáis al colegio, comprenderéis mejor que ahora lo que vale volver al hogar, después de un año de ausencia. Al divisar los campos conocidos, el corazón palpita con fuerza, las pupilas se dilatan, se respira con deleite el perfume de la albahaca y de la manzanilla en flor. A cada revuelta del camino se precisa más y más la comarca amiga, á lo lejos se descubre la torre en cuya veleta hacen escala los últimos rayos del sol. A medida que uno se acerca, van apareciendo personas conocidas que saludan con cariño. La mirada vaga de uno á otro punto; al fin se detiene: ha encontrado la casa paterna. Allí hay ojos cansados de mirar á la carretera y que han observado las nubes de polvo que se levantan en ella, se escucha el rumor del arroyo que culebrea entre el césped y el la-

drar de los perros; se descubren los pormenores de la casa. Un momento después pone término á la vuelta venturosa el abrazo estrechísimo de la madre, los agasajos de los amigos, los saludos de la servidumbre. Este sueño de hadas hace mucho pasó para mí; pero lo conservo fresco en el santuario de la memoria, y cuando me doy á pensar en él, siento como que me animan renuevos de vida. Si alguna vez he sentido envidia es por los niños á quienes, se les espera la vuelta al hogar, después de un año de ausencia.

Pasadas las primeras vacaciones, volvimos al colegio, y así año tras año, terminamos los estudios requeridos para principiar carrera profesional. Mi hermano menor, que era de temperamento enfermizo, sucumbió pronto; el mayor marchó á Europa á estudiar ingeniería minera, pero pereció en el naufragio del *Yachtag*, de la marina mercante alemana. Quedé, pues, como único consuelo de mis padres; quise abandonar la ciudad para venir á refugiarme á su lado, pero contra lo deseado, recibí orden expresa de ellos de tomar matrícula para el estudio de leyes.

Cuando el consejo del Colegio, previos los requisitos de reglamento, extendió el título que me acreditaba doctor, volé á depositarlo en manos de mis padres y á decirles que en adelante no me separaría de su lado. Viví dos años en su compañía. Consolaba á mi madre de la pérdida de sus hijos y ayudaba á mi padre en los quehaceres de la hacienda.

Pero cuando todo me hacía esperar días felices y tranquilos, la fortuna se ensañó conmigo. Mi padre murió; á poco le siguió mi madre, y yo quedé solo, huérfano de la mano que apartaba las espinas en mi camino.

Mientras hacía mis estudios de leyes, trabé estrecha amistad con un condiscípulo; presentador por él en la casa, llegué á ser amigo íntimo de su familia, la visitaba con frecuencia y en su compañía pasé inolvidables veladas. No hubo desde entonces suceso de mi vida en que ella no tomara parte: aplaudía mis triunfos, consolaba mis pesares.

Emilia, hermana de mi amigo, y niña de doce años, me trataba con el cariño y la confianza con que trataba á su hermano.

Cuando recién huérfano volví á la ciudad, recibí de aquella familia sinceras muestras de condolencia, y no fue Emilia la que menos acudió á reanimarme con sus consuelos.

Como tenía que atender á los bienes que había heredado de mis padres, me veía obligado á pasar la mayor parte del tiempo en el campo. Durante el día me distraían mis quehaceres, pero al venir la noche y encontrarme solo en el viejo casarón, se avivaban mis penas. La soledad y los consejos de mis amigos me decidieron á tomar la vida por lo serio: á casarme.

No vacilé en hacer la elección. ¿Qué mujer podría convenirme mejor que Emilia? Sus virtudes rivalizaban con sus encantos naturales, y sus gustos y aficiones estaban de acuerdo con los míos. Consultada su voluntad, pedí su mano. Sus padres accedieron gustosos. Caséme con ella andando los días, y antes de un mes de casados, vinimos á establecernos á esta hacienda. La casa estaba casi abandonada. Hubo necesidad de repararla; se le hicieron reformas que hoy no aparecen. Los jardines, casi extinguidos, volvieron, merced á cuidadoso cultivo, á cubrirse de flores, y los huertos de hortalizas y frutas. Otra vez se oyó el canto de mirlas, toches y canarios prisioneros en sus jaulas; otra vez también en los corrales el incesante charloteo de pericos, loros y guacamayos, el cacareo de las gallinas, el pío de los pollos y el canto del gallo. Hoy parece que la casa recobra sus perdidos encantos, pero fue tal el destrozo que recibió un día, que para volverla á lo que era, se necesitan tiempo y dinero.

Vivíamos felices. Mi fortuna se aumentó considerablemente. En mis dehesas se contaban numerosas cabezas de ganado y en mis cofres abundó el oro. Todo nos sonreía; dos niños, es cierto, murieron en la cuna, pero en cambio

otros dos crecían á nuestras miradas, llenos de inteligencia y energías. Yo mismo les di la primera instrucción, y cuando estuvieron bastante preparados, los llevé á la ciudad al mismo ilustre claustro en donde había cursado yo. Proyectaba, una vez que acabaran sus estudios, hacer un viaje á Europa. Mi esposa satisfaría su ardiente deseo de conocer á Roma, y ellos aprenderían algún oficio mecánico y tendrían ocasión de practicar los idiomas.

El último año de colegio, principié á hacer los preparativos de viaje; di en arriendo algunas de mis propiedades; á otras les busqué hábiles y honrados administradores, y me ocupaba en otros arreglos y menesteres, cuando, de la noche á la mañana, estalló una de las más recias y sangrientas guerras civiles que hayan assolado nuestro país.

Por de pronto creí que la guerra era un movimiento aislado y que en poco tiempo quedaría restablecido el orden; pero no fue así. Obedecía á un plan larga y maduramente meditado. A los encuentros parciales verificados en las provincias lejanas de la capital, se siguieron otros de mayor importancia, y á los dos meses el país todo era un campo de batalla. Cuando leáis la Historia Patria, tendréis quizá por inverosímil esa lucha, en que hubo tantos actos salvajes, en que se desplegó tanto valor, y en que por total de tantos sacrificios y de tanta sangre derramada, sólo nos quedó una patria enlutada y en ruinas.

Yo no sufrí al principio. Mi calidad de amigo del Gobierno me daba garantías. Ofrecí mis servicios al Gobernador; puse á su disposición una suma de dinero y di algunas bestias para los cuerpos de caballería. En cambio, un amplio salvoconducto ponía en seguridad mis bienes y mi servidumbre.

Pero la guerra se complicaba momento por momento; cada día la situación se hacía más insostenible; no hubo familia que no tuviera que lamentar alguna desgracia. Los soldados, á vueltas de hacer levadas para el ejército, cometían

toda suerte de pillajes y atropellos. Los pobres campesinos, cazados como si fueran fieras, iban tras breve instrucción militar á rendir la vida en los campamentos.

—Pero eso es horrible, abuelito; dijeron los niños.

—Sí, horrible, nefando, contestó el anciano, levantando la voz.

—Pero ¿no volverán las guerras?

—Tengo confianza en que así ha de suceder, y vosotros y yo y todos los colombianos, debemos rogar á Dios para que libre á nuestra patria de esos vértigos de locura.

Por varios meses la victoria favoreció las armas del Gobierno, pero vino un revés, y á ese se siguió otro y otros y principió á perder terreno; la revolución, en cambio, avanzaba amenazadora, dejando por donde pasaba la muerte, la desolación y el espanto. El Gobierno quiso detenerla lo más lejos posible de la capital. Hizo un llamamiento general, al cual respondimos sus amigos, pero por razones que no quiero recordar, los esfuerzos fueron inútiles, y las tropas revolucionarias lograron invadir todos estos campos. La tala de que fueron objeto no tiene ejemplo; nada escapó; desaparecieron los animales, las sementeras y los cercados. Yo estaba entonces postrado en la cama á causa de unas fiebres contraídas en desempeño de una comisión militar.

—¿Y los niños del colegio qué se hicieron? ¿Siguieron estudiando?

—Nó. El colegio fue tomado para cuartel, y ellos, entusiasmados por otros compañeros, se alistaron en las fuerzas del Gobierno.

La revolución se proponía marchar sobre la capital, pero el Gobierno no quiso exponer la ciudad á los azares de una lucha. Alistó sus milicias y salió al encuentro del enemigo. Un día, antes de amanecer, se oyeron toques de cornetas y algunos tiros; era la vanguardia del ejército del Gobierno que ponía en fuga una avanzada revolucionaria. La trascendencia que tenía la acción que iba á librarse ha-

ca esperaban un combate terrible. Por ambas partes se hacían grandes aprestos. Un batallón de la revolución trepó á carrera por el camino que culebrea en aquel cerro, pero cuando llegó á la cima, fue recibido por otro del Gobierno, apostado allí de antemano, para evitar una salida del enemigo por aquel lado. Ese encuentro dio comienzo á la lucha. Del cerro se extendió á la llanura, y no tardó en generalizarse el combate. Como lo fuerte de la pelea estaba en aquella parte, nuestra casa quedaba resguardada de las balas; pero un rechazo, un movimiento de flanco, podía ponernos de un momento á otro en situación peligrosa. Si algo nos consolaba en aquella ocasión, era el saber que nuestros hijos se habían quedado en la ciudad, pero este consuelo duró poco, pues por la tarde se supo que la fuerza en donde estaban llegaría al día siguiente. En efecto, al día siguiente llegó, y el piquete volante en donde venían pasó á galope por cerca de la casa. Mi esposa se echó fuera para ver de detenerlos, pero fue inútil. Cuando salió, los últimos jinetes se perdían en la carretera. Nuestro pesar no tuvo límite. Tantos contratiempos agravaron mi mal. Perdí el conocimiento, y entre la vida y la muerte, estuve varios días.

.....
 Cuando volví en mí, el silencio más profundo había reemplazado al ruido de la matanza. Poco á poco me fueron informando de las peripecias de la lucha. Las fuerzas del Gobierno habían sido vencidas. Un batallón, replegándose sobre esta colina, se había hecho fuerte en las huertas, el cañón despedazó las tapias, destruyó los árboles y dejó la casa convertida en escombros.

A las preguntas que hice sobre la suerte de mis hijos, se me dijo que habían caído prisioneros. Andando el tiempo, supe lo cierto. Ambos habían perecido, y todavía lloro su pérdida. Como veis, he pasado por muchas vicisitudes y desventuras, pero en la vida todo tiene su término y el mío no ha tardar.

Restablecido ya, salí precisamente al punto en donde ahora estamos. Por dondequiera se veían los horrores del combate. Estos campos que ahora se presentan tan hermosos y en los cuales se palpan los efectos de la paz, quedaron sumidos en honda soledad. Sus moradores no aparecían por ninguna parte, y de sus viviendas sólo restaban tapias descuetas y montones de ceniza.

Un nuevo gobierno acababa de entronizarse. Para mí la situación se hizo difícil, penosísima. Acompañado de mi esposa salí del país.

En el exterior nos fue bien. Los negocios que pude establecer me dieron buenos rendimientos. El cielo, compadecido, nos dio una niña que alegrara el hogar y nos reanimara en nuestros infortunios. Esa niña ha sido desde entonces nuestro ángel de consuelo. La educamos cual convenía á hija única, y cuando regresámos al país, se casó con Roberto de Torres, y es hoy vuestra madre.

Como regalo de bodas, le di esta hacienda, en donde vivén desde entonces y en donde vosotros habéis nacido.

—Pero, abuelito, ¿la volverán á destruir los soldados? ¿Volverán á pelear por aquí?

—Confíando en Dios, nó. Tengo para mí que la éra de las guerras civiles ha quedado definitivamente cerrada entre nosotros. El país ha sufrido tantos desórdenes, padecido tantos desastres y tocado tantas veces al borde de su ruina total, que parece llegado á la edad de la experiencia, y hoy es casi imposible exista quien no desee la paz y por consiguiente el progreso para esta amada patria.

A nosotros los viejos nos tocó atravesar por épocas tormentosas y bárbaras, pero nos consuela á los que hemos alcanzado estos tiempos, ver que el país, corregido de viejos resabios, se preocupa de veras por ser nación grande y próspera.

En mis memorias, que publicaréis cuando yo muera, hay un capítulo con el mote de *Ayer y Hoy*. Relato en él la guerra de que he hablado y comparo esos tiempos, de

infausta memoria, con los presentes. Ojalá su lectura os sirva para apreciar lo que vale para un país la política amplia y generosa que tiende entre los ciudadanos el lazo de la concordia.

Vosotros, y por ello os felicito de corazón, vais á asistir al desenvolvimiento de este país. Hacedos dignos de servirle con honra y provecho.

Diciendo esto, el anciano recogió su bastón, reforzó la miga, y con los niños al lado, cabizbajo y como quien melita, tomó el camino de la casa.

El sol caía detrás del monte opuesto y proyectaba sobre el césped las sombras de los paseantes. Los cuadros de verdes sementeras se mecían suavemente al soplo del viento, y sus hojas, al chocar, producían á intervalos ligeros susurros. El humo de las viviendas iba á perderse en las brumas de la tarde. Los rebaños, triscando por barrancos y peñas, volvían á sus rediles. Abajo, en la falda, las vacas reclamaban la cría con prolongados bramidos. Mil y mil insectos urdiendo en parda muchedumbre, como dijo Belisario Peña, levantaban extraño rumor; el águila pasaba volando en dirección al monte, mientras las palomas que habían pasado el día en las éras, buscaban sus nidos en los matorrales.

Por la cuesta subían los labradores con las herramientas al hombro, entonando alegres cantares. De repente el toque del *Angelus*, dado en el pueblo vecino, se esparció por la comarca y se confundió con el pitazo de una máquina. Los labradores detuvieron el paso y quedaron en silencio, con el sombrero medio levantado, y apoyados en los yugos y azadones, murmuraron una oración, mientras veían alejarse el tren en la llanura.

ÁNGEL MARÍA SAENZ